

ALFAGUARA



Jeremías Gamboa

Punto de fuga

*El mundo es lo que es; los hombres que no son nada,  
que se permiten ser nada, no tienen lugar en él.*

S. V. NAIPAUL

---

## Índice

El edificio de la calle Los Pinos	13
Nuestro nombre	29
Evening interior	41
María José	49
Un responso por el cine Colón	79
La conquista del mundo	103
Tierra prometida	125
La visita	153

---

## El edificio de la calle Los Pinos

Cuando el timbre de la casa sonó por primera vez en medio de la noche, lo primero que pensé fue que aquello solo podría ser producto de una alucinación o quizás de una mala broma. Llevaba acostado una hora, tenía los ojos cerrados e intentaba dormir infructuosamente después de haber sido relegado a un extremo de la cama por Lorena. Me estaba empeñando en evitar esas ideas absurdas que todas las noches se suceden en mi mente antes del sueño, cuando de pronto escuché que el timbre sonó. Con la intensidad de cualquier ruido a las cuatro de la madrugada, cuando el vecindario, la ciudad entera, parecen dormir. Abrí los ojos de golpe y permanecí así, alerta, inmóvil: solo hubo silencio. Después de unos segundos de quietud supuse que alguien había llegado tarde al edificio, tal vez ebrio, y se había equivocado de intercomunicador. Cuando el timbre volvió a sonar, menos alarmante que la primera vez, empecé a sospechar vagamente de qué se trataba. Ver a Pineda ahí, atisbando ávidamente la ventana de la casa desde la puerta del edificio, vestido tal como se había despedido de nosotros hacía más de una hora, me pareció de alguna manera lógico, lo único posible a esas alturas de la madrugada: seguramente se había olvidado de las llaves de su casa, como muchas otras veces, de decirme alguna cosa importante —el motivo principal por el cual me visitó y que olvidó a lo largo de la noche— o de

algo similar. Solo después de abrirle la reja y acercarme a la puerta, cuando lo vi entrar pidiendo disculpas por la irrupción y con el rostro desencajado, es que empecé a preocuparme. Pineda estaba agitado, distanciando, como alguien que, se me antojó, acabara de cometer un crimen involuntario. Intenté calmarlo, recuerdo haberle pedido que se sentara y me dijera con calma qué había pasado, por qué volvía a la casa después de una hora y media de habernos despedido. Él intentó controlarse, se dejó caer sobre un cojín de la sala, y después de un rato se animó a decirme aquello que, desde que lo vi parado ahí en la entrada del edificio, me temía:

—Es por mi casa —me dijo—. Alguien ha entrado a ella y no sé qué hacer.

—¿A tu piso? —le dije, entre asustado y divertido, imaginando policías, llamadas telefónicas, denuncias y yo en el medio de todo ese delirio.

—No, al piso no —respondió, cortante—: al edificio. Al edificio de la calle Los Pinos.

—Bueno, entonces cuál es el problema; un culo de gente extraña entra a los edificios de otras personas.

—No te hagas el loco —me respondió—. Tú y yo sabemos bien cómo es el edificio de la calle Los Pinos.

Tenía razón. Claro que lo sabía. Sabía muy bien cómo era. Así que no supe qué decir.

Había una cajetilla de cigarrillos encima de la mesa, de modo que prendí uno nerviosamente mientras me daba cuenta de que en verdad no tenía nada que decir, como tampoco tuve nada que decir cuando vi por primera vez el edificio de la calle Los Pinos, el departa-

mento de Pineda, las condiciones en que lo había tomado. Mi amigo me había contado más o menos cómo era el lugar que había rentado para estar por fin solo, lejos de los problemas de su familia, según me dijo, con tiempo para vivir en paz y para escribir en sus ratos libres, y la verdad es que todo sonaba muy bien. Incluso llegué a sentir algo de envidia al escucharlo: el sitio era amplísimo, lleno de luz, y estaba ubicado en el undécimo piso de un edificio que quedaba a solo una cuadra del parque central de Miraflores. Desde las ventanas de su habitación —recuerdo que me dijo esto con un brillo intenso en los ojos—, se podía ver el mar y el perfil de la ciudad. Recuerdo que lo felicité muchas veces durante esa tarde, luego del cine y mientras caminábamos rumbo a mi casa, y al despedirme lo felicité una vez más. No sé si hice bien. El día en que conocí el departamento, un domingo en que lo ayudé en una mudanza minúscula en la que apenas tuvimos que desplazar algunos libros, una cama y un televisor, comprobé que la descripción que había hecho Pineda era en buena parte cierta —aun cuando del mar no se veía más que una pequeña franja muy al fondo, entre una maraña de edificios—, pero que había algo sórdido, tenazmente perturbador en el lugar.

Lo primero que me sorprendió del edificio de la calle Los Pinos fue su aspecto: era una construcción aparatosa, horrenda y delirante. Seguramente la peor de cuantas haya habido en Miraflores. Lo segundo fue que pese a ello nunca me hubiera detenido en él: frente a mí se erguía un armatoste de unos veinte pisos, pintado de un color azul eléctrico llameante y agresivo, cuyos contornos en zigzag daban la impresión de pisos o departamentos a punto de desprenderse, de salir disparados de

su base. Pensé inmediatamente en un enorme acordeón puesto de pie, en un sánduche desacertado, en una enorme nave espacial que nadie se animó a lanzar al espacio y que ahora existía como una absurda pieza de museo o una guarida de ratas o de locos.

Pineda se acercó a la base de esa nave y de pronto, de un punto casi invisible a primera vista, me descubrió la puerta de entrada: se paró al lado de una reja intimidante y después de muchos forcejeos liberó su candado; abrió las dos alas de fierro y desató un chirrido escalofriante que no olvidé incluso cuando seguí tras él cargando las cosas y me vi reflejado en una de las dos paredes de espejos que flanqueaban el corredor, un pasadizo estrecho que conducía irremediabilmente a un antiguo ascensor: a un lado pude ver una lista que enumeraba los inquilinos morosos del edificio y los nombres de algunas sociedades de abogados, de ciertas agencias inmobiliarias y los consultorios de lo que parecía una clínica para enfermos mentales. No había ningún movimiento en el lugar, pese a que era una tarde de domingo: solo un hombre dormía abandonado en una oficina minúscula que más bien parecía una caseta, apenas resaltado por la luz de su mesa. Una vez en el piso once me interné en una ramificación caprichosa de pasadizos absolutamente oscuros. Comprobé que los focos existían, pero estaban todos apagados. Presentí un par de golpes fuertes a unos metros delante de mí, un traqueteo crispado, el sonido de otra reja casi igual de sólida que la anterior y de pronto un disparo de luz que nos cegó: era su departamento. En el momento en que miraba la ciudad desde sus ventanas, las calles de Miraflores por un lado, los edificios lejanos de San Isidro por el otro y más abajo la calle Porta, me di cuenta,

con pánico, de que ese era un edificio destinado solo a oficinas en el que nadie, excepto él, se quedaría a dormir esa o cualquier otra noche. Entonces fue que no encontré las palabras.

—Es un sitio muy extraño —le dije por fin, resolviendo el tema de una buena vez, acabando mi cigarro y matándolo sobre el cenicero junto a los demás puchos que nos habíamos fumado toda la noche mientras hablamos con Lorena y escuchábamos música—, jodido.

—De noche sí, lo admito —respondió, secamente.

—Claro, claro —le dije.

No quise añadir más y me levanté para ir a la cocina —«¿Quieres un café?», le pregunté, «¿una gaseosa?» «Un té», me respondió—, abrí el caño para llenar la tetera y mientras veía el agua correr volví a pensar en lo duro que sería vivir en ese lugar. Me daba cuenta de que solo una persona como Pineda podría resistir en esas condiciones casi seis meses. Después de una noche en que Lorena y yo, luego de varias negativas, fuimos a visitarlo a su departamento, ella se había resistido totalmente a la idea de volver una sola vez más al edificio. A nadie en su sano juicio se le ocurriría pasar una sola noche ahí, me decía. Entrar a través de esa reja que nos abrió el portero legañoso, la oscuridad del corredor acentuada por los espejos que nos reproducían y que apenas entreveíamos por la luz de la linterna del guardia, las puertas abiertas del ascensor hacia un espacio tenebroso desde el cual tuvimos que llamar a nuestro anfitrión, el eco de nuestras voces por todos los pasillos y la aparición espectral de Pineda entre la oscuridad para guiarnos a su cuarto, fueron de-



masiado para ella. Él notó su nerviosismo y le dijo, disculpándose, explicándose, que como el edificio era de oficinas, los propietarios habían acordado restringir la iluminación de los pasillos a partir de las nueve de la noche, pero por gestiones suyas eso no había ocurrido con el ascensor. Cuando Lorena le preguntó si en efecto él era la única persona que se quedaba a dormir en ese sitio, si los tres en ese momento éramos los únicos que ocupábamos toda aquella enorme construcción, él dijo que teníamos que pensar las cosas desde otro punto de vista. En verdad el edificio era un sitio seguro; todo aquel que entraba o salía a cierta hora de la noche tenía que atravesar las rejas o pedir que alguien las abriera, y el único que vivía en el lugar, que tenía las llaves, era él. Después de esa cita, echados en la cama, Lorena y yo descubrimos asustados que ese espacio era perfecto para cometer un crimen, violar a una mujer o torturar a una víctima a lo largo de una noche lenta y minuciosa. Mientras servía el té me preguntaba qué le habría podido ocurrir a Pineda ahora, qué cosa lo había obligado a regresar a nuestra casa así, en ese estado. Recuerdo que dejé las dos tazas sobre la mesa y me quedé mirándolo, sus manos entrelazadas, sus ojos enterrados en el piso, fijos en un punto imposible de identificar. Le dije que el té estaba caliente, que se sirviera. Él tomó un sorbo y luego hizo un silencio. Me quedé callado, esperándolo. No fue necesario hacerle pregunta alguna.

—Llegué a casa hace unos minutos, después de despedirme de ustedes y no noté nada raro —empezó a decir—. Siempre me fijó con cuidado que nadie merodee cerca de la puerta de mi edificio porque la calle Los Pinos es oscura y uno nunca sabe las cosas que

pueden aparecer por ahí. Tú sabes que soy bien cuidadoso, así que cuando abría las rejas estaba seguro de que no había nadie a mi alrededor, pero después el tiempo que toma abrirlas es un poco largo y cuando tuve un ala separada a cada lado y lo vi aproximarse hacia donde estaba yo, no me quedó otra cosa que mantener el control. Me saludó con un monosílabo y yo hice lo mismo. Me pidió permiso para pasar y lo hice inmediatamente, pensando que de lo contrario podría sacar un arma o algo así. Después lo vi avanzar por el pasadizo con dirección al ascensor.

—Hiciste bien, claro —le dije, pero Pineda no parecía escucharme. Me sentí estúpido.

—Después hice como que entraba yo también pero luego de unos pasos me detuve. El hombre se acercó al ascensor y lo llamó, esperó a que se abriera y se metió en él. Cuando la luz del interior del aparato lo iluminó, pude ver que era una persona adulta, de ojos como perdidos, hundidos. Pensé que quizás era un drogadicto que se ocultaba de alguien, un ladrón, no lo supe bien. Yo me quedé en el pasillo, a la espera. El ascensor se cerró y en medio de la oscuridad, una vez que me acerqué a las puertas, vi que las luces indicaban que la máquina subía y se detenía precisamente en el piso once, en donde yo vivo, y que se quedaba ahí. Tuve deseos de salir corriendo del lugar. Ya empezaba a caminar hacia la salida cuando me contuve en la puerta y fríamente, con una determinación que desconocía en mí, me acerqué al ascensor y lo llamé para ver si el hombre aparecía en él. ¿A quién podría visitar en ese lugar si no a mí? El aparato comenzó a bajar y cuando se abrió —yo estaba a varios metros ya, pegado a la reja— nadie ni nada salió de él. Me di cuenta

de que el hombre estaba en el piso en que yo vivía, seguramente me conocía, quizás quería robarme o matarme; lo cierto es que posiblemente se había quedado agazapado en la oscuridad esperando que yo subiera para saltar sobre mí. Me dio pánico, me acerqué a la puerta, cerré las alas de las rejas con calma, puse candado en ellas y salí a caminar a la calle.

—Dentro de todo hiciste lo mejor, en verdad —se me ocurrió decir—, lo mejor.

—Caminé durante un rato por el parque tratando de aclarar mis ideas. Pensé por un momento ir a un hotel a dormir hasta mañana y entonces, no sé, pensé que quizás podría quedarme aquí, en la casa de ustedes, molestarlos, solo por esta noche.

—Claro, claro que sí —dije, algo nervioso, aunque no sabía muy bien por qué estaba así—. No hay ningún problema.

Terminaba de decir esto cuando escuché un movimiento detrás de nosotros, una posible agitación de sábanas y almohadas en el cuarto de al lado, unos pasos: Lorena seguramente quería saber si hablaba solo. Apareció con los ojos agotados, el pelo sujeto por un gancho y, tal como yo un rato antes, se sorprendió de encontrar ahí a Pineda. De inmediato intenté tranquilizarla, decirle que no era nada. Alguien se había metido al edificio en donde vivía nuestro amigo y él había decidido venir a estar con nosotros, solo como una medida de precaución. Lorena sonrió y entró en la cocina. Distendió todo diciendo que no le sorprendía nada viniendo de Pineda; de Pineda siempre se podía esperar cualquier cosa...